

Nunca entendí aquel cacareado terror del escritor ante la hoja en blanco. Siempre tuve la impresión de que era la sensación opuesta la que debería suceder, la de salir al camino, la de todas las posibilidades, de libertad, de vida nueva. La razón primera del temor ante una hoja en blanco acaso sea que no se tiene nada que decir, caso en el cual lo mejor es abstenerse de decirlo. Es prerrogativa del escritor trabajar en todo momento, sin necesidad de poner negro sobre blanco. Cuando no tenemos nada que decir hay que ir a buscarlo, y para eso vale dar un paseo a la orilla del mar, vivir un 'amour fou', descubrir un rincón de la ciudad, o pasarse una mañana en el metro. Así como leer es leerse, podríamos aventurar que lo es también escribir.

Una sensación similar a la de la hoja en blanco es la del otoño que se acerca. Cuando las primeras ráfagas dan tregua a la piel, donde reside el espíritu, comienza lo posible. Ya no nos acompaña el aroma del cuero de la valija, ni el de la minúscula madera de los lápices; ahora son otros los estímulos que nos anuncian que tenemos una nueva oportunidad de alejarnos de la distancia, de regresar a nosotros mismos a través de lo que hacemos, de intentar una vez más lo que no conseguimos, lo que no supimos.

El otoño está a punto de comenzar en Barcelona, como una nueva hoja en blanco. Sospecho que la metáfora no ha sido del todo justa con él.